

Anestesiados.

El cirujano me dice adiós, hasta luego, mientras me inyectan el anestésico. Un poco por orgullo contesto que no, que aún estoy despierto. Pero sin haber acabado de pronunciar la última sílaba me sumerjo boca abajo en un pozo. Es negro y me cubre, empezando desde los párpados, hasta los pies. Así que pienso que esto debe de ser la anestesia, algo que me resulta extraño e incómodo, como siempre me pasa con todo lo novedoso.

Supongo que simplemente debería no estar, comportarme como un ausente, lo más parecido a un muerto. Sin embargo, siento la ausencia, que estoy y pienso aunque no sea capaz de ver ni de escuchar nada desde lo profundo de mi agujero.

De repente, noto que alguien tironea de mi vientre. Lo percibo como algo difuso, igual que si me movieran un dedo de una mano dormida. Esa incomodidad no me preocupa y me relajo pensando en que pronto volverá a circular la sangre y que entonces sentiré ese engorroso hormigueo por todo el cuerpo. Como aquella vez, de pequeño, cuando la puerta del coche me pilló la mano en el transcurso de una diablura. Mi madre, y aún ahora escucho su voz de treinta años, me consolaba como se hace con los niños, estrechándome contra su cuerpo, haciendo bailar las piernas sobre las que yo estaba sentado. No es únicamente la voz: de repente también está en mi su perfume y el tacto de una blusa de seda rozando mi rostro. Y el latido del corazón, la cadena dorada en su cuello a la que me aferro porque de repente siento náuseas y un dolor sordo que se expande desde los testículos hasta la garganta en un estallido.

Percibo como se afanan en mi tripa, pero no me interesa en absoluto ahora que vuelvo a estar en los brazos de mi madre muerta. En lo pantanoso de mi memoria no soy capaz de recordar: ¿cuánto tiempo hace que te fuiste? ¿estuve contigo agarrándote la mano en el último momento? En esta situación es absurdo, lo sé,

pero no puedo evitar preguntarme si ella muriendo sentiría algo parecido a lo que ahora me ocurre a mi. Esta insensibilidad, esta anestesia, el olvido paulatino. ¡Qué estupidez!... ¿cómo alcanzar lo que alguien, aunque sea tu propia madre, puede sentir en ningún momento, aunque ese momento sea el de estar muriendo?

Pienso en ello cuando de repente me doy cuenta. Ya no puedo oír su voz, como si hubiera seguido cayéndome dentro, más adentro del pozo, más profundo en lo oscuro, donde los sonidos ya no fueran capaces de penetrar. Insisto y trato de recordarla, esa voz, dicha contra mi oído, percibida a través de la piel. Me esfuerzo todo lo que puedo, pero el sonido de su garganta se ha convertido en algo inexistente, no en algo olvidado.

Pronto una revelación que me asalta, que brota y me llena de pavor: tal vez lo que ocurre se deba a que mi madre nunca me habló... Por supuesto, recapacito, tuvo que decirme cosas, tantas cosas como siempre se dicen. Lo que ocurre es que siempre eran cosas que pasaban, sucesos que podían ser contados como si fueran una película o una novela. Jamás lo real, dejando su impronta, todo lo sentido que te mancilla y te da placer.

Trato de hacer memoria y la recuerdo perfectamente en numerosas escenas. Son fotografías en blanco y negro de una tarde en casa, pelando guisantes sentados a la mesa camilla. Las piernas estaban tan calientes bajo las faldas y un brasero se removía constantemente. Entonces empezó a haber un ruido de historias, como lo que ocurrió cuando mi padre tuvo una querida y se fue de casa dejándonos solos. O cuando mi tía y la abuela la echaron porque "su obligación era estar con su marido" cuando enfermó por primera vez. Sí, soy perfectamente capaz de contar con detalles cada una de esas historias. Lo que se hizo, lo que se dijo. El ruido de los guisantes al desgranarse en la loza. Pero es que yo no nunca supe nada de lo que sentía cuando, por la noche, sola en aquel cuchitril que era nuestra casa, aguardaba que amaneciese para tratar de conseguir un poco de café que llevarle a mi padre a la cárcel. Él lo había pedido y no importaba que nosotros no tuviéramos para comer. Aquel tipo era un luchador, un hombre que exigía. Y la

mujer está sola. Es apenas una muchacha, una niña sin ayuda de nadie, que se sienta en la cama respirando el aire sucio del semisótano y la humedad grisácea del lomo de las ratas.

¡Claro que sólo es un ejemplo! Pasarían tantas cosas a lo largo de una vida... tantas cosas de las que no sé nada. Sólo algo acerca de los hechos. Las narraciones. Cuentos.

Ahora vuelvo a notar los tirones bajo mi estómago. Algo húmedo desciende por la piel de mi costado desde hace rato. Pero no tengo miedo. ¿Cómo tenerlo? Pero algo debe de estar ocurriendo porque noto más manos sobre mí. Un rumor de pasos alrededor de la camilla, gente que entra y otra que sale.

Es probable que todo haya terminado. En ese caso, dentro de poco tiempo abriré los ojos. ¿Será pronto? No soy capaz de saberlo ahora que el tiempo se ha vuelto como mi cuerpo, espeso, insensible, nocturno. Voy a querer abrir los ojos. Siento una gran necesidad de hacerlo. Y luego de extender mis manos hacia arriba, hacia el techo y a los lados. Tal vez mueva los dedos de los pies y alzando un poco la cabeza veré enfermeras, por supuesto, y a través del cristal los rostros de los que me aguardan. Les contaré en cuanto pueda todo lo que he pensado, todo lo que he sentido. También sé que será una gran suerte poder coger la mano de mi madre. Llevarme el dorso a los labios y percibir sus arrugas y tener aún tiempo de saber lo que ocurrió. Contarle a ella y a todos la tontería de la anestesia y el sueño en que ella me acariciaba sin voz aún después de muerta.